

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 303 Hoy nace en mí el Cristo santo.

Comentario de Sarah:

¿Cómo te sientes al decir estas palabras? ¿Sientes la presencia de Cristo en tu interior, o te sientes indigno de Él? Cualquier pensamiento que surja, ya sea de culpa o de miedo, refleja el “**malvado ser que fabriqué**” (L.303.2.2) y no lo que somos. Para saber quiénes somos como Cristo, debemos renunciar a todo lo que creemos saber y a todo lo que creemos ser. No necesitamos entender cómo sucede todo esto. Nuestra parte es seguir trayendo nuestros pensamientos y creencias a la luz para que podamos hacer espacio para el Cristo interior. ¿Cómo podemos reconocer los pensamientos que no perdonan de nuestra mente subconsciente? Los reconocemos en lo que vemos reflejado en nosotros y en lo que desencadena una respuesta emocional a los eventos y personas de nuestra vida.

Dado que nada fuera de nuestra mente puede perturbarnos, es ver que todo lo que percibimos proviene de nuestros pensamientos no sanados. El mundo es neutro. Proyectamos nuestros juicios sobre el mundo y lo vemos como algo malévolos. La curación se produce en la medida en que estamos preparados y dispuestos a mirar nuestras emociones, juicios, pensamientos, creencias y falsos conceptos que tenemos en la mente. Al liberar nuestras percepciones erróneas al Espíritu Santo y dar la bienvenida a Su presencia, experimentamos más y más paz y alegría hasta que llegamos a un lugar donde sabemos que estamos totalmente seguros. “**A salvo en Tus Brazos, déjame recibir a Tu Hijo.**” (L.303.2.8), que es nuestro verdadero Ser.

Cualquier pensamiento opuesto a nuestra realidad como Hijo santo de Dios, nos mantiene en la resistencia. Hace algún tiempo, tuve una experiencia en la que vi cómo me crucifico a mí misma. Había sugerido que varios de nosotros viéramos una película, a la que asistimos pero resultó que a nadie le gustó. Ninguno de nosotros sintió que había valido la pena por nuestro tiempo. Lo que se repitió en mi mente mientras escuchaba las perspectivas de mis amigos fue que esta película había sido mi sugerencia, así que sentí que era mi culpa que nadie disfrutara de esta experiencia. Me reprendí por no haber investigado más antes de sugerir la película y haber "arruinado" la velada de todos. Cuando indagué en mi malestar, vi que me aferraba a la creencia de que soy responsable de lo que experimentan los demás. La creencia que subyace a ese pensamiento es que si no puedo hacer felices a los demás, no soy amada. Sentía que necesitaba su aprobación porque, sin ella, me veía indigna. Fue una oportunidad muy valiosa para cuestionar la validez de esta creencia de indignidad y entregarla al Espíritu Santo.

Cuando vemos los errores como pecados, creemos que somos culpables y que merecemos castigo. Es una decisión de alejarnos del amor que somos. Es una decisión de crucificarnos, creyendo que ahora Dios no tendrá que castigarnos porque nos hemos castigado suficientemente. Para perdonar, primero debemos ver que nos equivocamos en lo que pensamos. “**Debo haber decidido**

equivocadamente, porque no estoy en paz.” (T.5.VII.6.7) (ACIM OE T.5.V.96) El perdón requiere que miremos nuestros pensamientos sin juzgarlos. Cuando nos juzgamos a nosotros mismos, nos estamos acusando de pecados. Este fue el error que nos llevó a la separación, y seguimos repitiendo este error cada vez que juzgamos algo o a alguien como incorrecto, incluidos nosotros mismos. Cuando nos damos cuenta de nuestro error, se nos invita a dirigirnos al Espíritu Santo y pedirle Su Corrección. Así, podemos acortar nuestro sufrimiento. Él es nuestro Maestro y Guía interior y siempre está disponible para nosotros en la mente recta. No podemos sanar lo que no queremos admitir a nosotros mismos o asumir la responsabilidad. Todo es cuestión de voluntad. Incluso cuando las cosas parecen irnos muy bien, el ego nos susurra que es demasiado bueno para ser verdad o que no puede durar. No es nuestro amigo, sino el extraño interior al que hemos invitado, sin darnos cuenta de lo mucho que desea nuestra desaparición.

Cuando nos aferramos a los pensamientos auto-acusatorios, las fantasías, los sueños, los deseos, los planes, las dudas, los sentimientos de indignidad y las exigencias que nos imponemos para ser perfectos, sufrimos. El sufrimiento proviene de la culpa, el orgullo, la ansiedad, las expectativas y los remordimientos, todos ellos pensamientos de miedo. Jesús nos dice que esto no tiene por qué ser así. Estamos llamados a declarar nuestra independencia del ego al no prestarle atención. No somos culpables porque no tenemos libre albedrío y no somos los hacedores de nuestras acciones. El guión está escrito.

Nuestro estado de ánimo nos indica cuándo hemos elegido al ego. **"Al tenebroso espejo del ego no tienes sino que decirle: "No voy a mirar ahí porque sé que esas imágenes no son verdad". Deja entonces que el Santísimo brille sobre ti en paz, sabiendo que así y sólo así es como debe ser.”** (T.4.IV.9.2-3) (ACIM OE T.4.V.65) No es útil justificar las razones de cómo nos sentimos porque cuando lo hacemos, nos inventamos una historia que nunca podría ser cierta. Elige, en cambio, ver que debes estar equivocado en la forma en que estás viendo la situación o la persona. Tú eres el soñador de este sueño y no el personaje del sueño.

Hoy elegimos liberarnos de todas las cosas que nos distraen del amor que somos. En todo lo que vemos y oímos hoy, recordemos la Llamada interior a la que hemos respondido. Recordemos que ésta es la verdadera Navidad que celebramos: no el nacimiento de Jesús en un pesebre, sino el nacimiento de Cristo en nosotros. Detengámonos hoy en las bondades de nuestro hermano y no en sus errores. Si hoy juzgamos a alguien, no nos crucifiquemos a nosotros mismos, sino que acojamos la oportunidad de ver el ego para poder liberarlo. Cuando nuestro propósito es la curación, todo lo que aparece en nuestro día es perfecto. **“¿Qué no ibas a poder aceptar si supieses que todo cuanto sucede, todo acontecimiento, pasado, presente y por venir, es amorosamente planeado por Aquel cuyo único propósito es tu bien?”** (L.135.18.1) (ACIM OE W.135.19) ¿Cuán dispuesto estás a acogerlo todo?

Con cada bendición que damos, sabemos que somos bendecidos. La única razón por la que nos privamos de los milagros es porque no creemos que nuestros hermanos sean dignos de ellos. Hemos crucificado a nuestros hermanos en lugar de darles la bienvenida. Hemos olvidado que han sido enviados como nuestros salvadores del **“malvado ser que fabriqué”** (L.303.2.2) al revelar lo que no está curado en nosotros.

La Segunda Venida es la Corrección de los errores y allana el camino a la verdad. Es cuando la Palabra de Dios ocupa el lugar de todas las ilusiones. Todo es abrazado y todos los errores son liberados. Establece que la verdad nunca se perdió. La Segunda Venida no es como se describe en la Biblia, donde

se dice que Jesús vendrá en algún momento futuro para juzgar a los vivos y a los muertos. Esa es una perspectiva basada en el miedo y ha sido corregida por sus enseñanzas en el Curso, donde la Segunda Venida es simplemente el deshacimiento de este sueño. Es el final de esta película espacio-temporal.

Estamos encontrando nuestra salida del laberinto de este mundo ilusorio, y lo hacemos a través del perdón. ¿Cómo puede ser esto temible cuando el Juicio Final es la declaración de nuestra completa inocencia? Por fin conoceremos la verdad sobre nosotros mismos y sobre cada hermano, sin excepción. Nuestras mentes dormidas han sido restauradas y devueltas a la cordura. Para comprometernos con la curación, debemos aprovechar todas las oportunidades para permitir que nuestras percepciones erróneas sean corregidas. Podemos elegir soltar todas las ataduras y todos los límites que tenemos en la mente y, en su lugar, experimentar el poder de Sus santos Pensamientos que nos rodean en cada momento.

“Le doy la bienvenida a tu Hijo, Padre. Él ha venido a salvarme del malvado ser que fabriqué. Tu Hijo es el Ser que Tú me has dado. Él es lo que yo soy en verdad. Él es el Hijo que Tú amas por sobre todas las cosas. Él es mi Ser tal como Tú me creaste. No es Cristo quien puede ser crucificado. A salvo en Tus Brazos, déjame recibir a Tu Hijo.”
(L.303.2.1-8)

El pecado y la culpa que tenemos en la mente no son reales. Sólo el amor es real. Todo lo demás es una ilusión. El sufrimiento y el dolor que vemos a nuestro alrededor no han cambiado la verdad de que sólo existe el amor y nada más. El sueño no ha cambiado lo que realmente soy. El santo Cristo nace en nosotros hoy si así lo elegimos. Si no es hoy, entonces será cuando estemos preparados, pero el día llegará. Es una certeza. **“La paciencia infinita recurre al amor infinito, y, al producir resultados ahora, hace que el tiempo se haga innecesario.”** (T.5.VI.12.3) (ACIM OE T.5.VIII.81)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca